

# Estudio etnográfico de Améscoa

## VI

Investigaciones ETNIKER  
Dirigidas por la "Cátedra de Etnología Vasca"  
INSTITUCION PRINCIPE DE VIANA  
De la Excma. Diputación Foral de Navarra

### LOS MOLINOS

#### INTRODUCCION

Hasta la década de los cincuenta de este siglo XX y desde tiempos lejanísimos, el molino «farinero» ha sido una pieza indispensable en el engranaje socio-económico de nuestros pueblos agrícola-ganaderos, y su pobre y parda mampostería, escoltada de chopos enhiestos o medio escondida en la exuberante fronda de las riberas de nuestros ríos, ha puesto una nota de tipismo y simpatía en el paisaje.

A principios de siglo funcionaban en las dos Améscoas una porción de molinos; el de más predicamento era el «Molino de Zudaire», pero contaban también con su molino los pueblos de San Martín, Eulate, Aranarache y Larraona y todos ellos de idéntica estructura.

En la actualidad puede darse por borrada esta faceta de la vida amescoana. Ha ya bastantes años que el molino de Zudaire se convirtió en «serrería» y los restantes son todos ellos una pura ruina.

Todas las personas que han pasado la raya de los cincuenta años, conocieron el quehacer de nuestros molinos, muchos manipularon sus mecanismos y algunos han servido el oficio de molinero. El valioso testimonio de algunos de estos testigos (los que conservan todavía frescos sus recuerdos) <sup>1</sup> avalan

1 Han sido mis informantes: Julian y Elvira Martínez y Mariano y Luisa García Saez, de S. Martín; Juan Francisco García de Eulate, molinero que fue del molino de Eulate; Guillermo Martínez, de Larraona; Tomás Pérez de Eulate, actual propietario de los molinos de Zudaire, que amablemente puso a mi disposición, para su estudio, las escrituras que guarda de los molinos; y me ha ayudado mucho D. Emilio Redondo, de Zudaire. Los dibujos que ilustran este trabajo se los debo a mi sobrino José Julian Lanz, profesor de E. G. B. y las fotografías a D. Gerardo García de Eulate.

la honradez de este trabajo para cuya redacción he podido disponer, también, de una abundante documentación. A todos los que me han ayudado mi sincero agradecimiento.

### EL MOLINO Y SUS HOMBRES

Se ha repetido, hasta convertirse en tópico, que las gentes de nuestros pueblos, nuestros labradores, son tremendamente individualistas. Dejando a un lado lo que pueda haber de verdad en tal afirmación, lo cierto es que, en mis investigaciones etnográficas, he topado con hechos que evidencian un espíritu solidario y asociativo en nuestras gentes de antaño.

A) Nuestros Concejos, de gran vitalidad en todo el valle y rabiosamente democráticos, constituyeron, en cada lugar, una normativa absoluta del quehacer comunitario ... Si en los pueblos de Améscoa, por poner un ejemplo, pudo ser factible el «espigueo» (aprovechar con el ganado los residuos de los sembrados, una vez recogida la cosecha), se debió a que los vecinos se pusieron de acuerdo en ceder voluntariamente sus fincas para el disfrute común. Y nada digamos del «auzolan» que lleva el espíritu comunitario en su misma entraña.

B) Otro hecho que entraña un espíritu de solidaridad, y no sólo entre los vivos, si que también entre éstos y los que partieron para el más allá, son las Cofradías (asociaciones de personas con fines espirituales de oraciones, sufragios, ayuda a la hora de la muerte, etc. y en cuyos estatutos solía capitularse la celebración de una fiesta anual con misa comunitaria y «un yantar de hermandad»). Las Cofradías han estado muy arraigadas en nuestros dos valles, de las que por su solera quiero citar a la de San Cristóbal en Améscoa Baja y la de la Blanca en Larraona, una y otra hunden sus raíces hasta el siglo XVI.

C) En una sentencia arbitraria del año 1501 podemos leer este interesante dato: «Otrosí a nuestra noticia a venido como antiguamente se solía facer "caridad", e así en nuestro tiempo emos visto que lo facian en la yglesia de San Cristobal, que está en término de Çudaire, en el dia de la Trinidad, et agora parece ser que por algunas ynjustas causas e deferencias se a cesado, lo qual es deservicio de Dios ntro. Señor e separar el amor dentre todos; ... mandamos ... se aya de facer oy data en adelante caridad ... matando una res menor e partan los tres quartos a toda la gente et sus quassadas y leche, como avian ussado e acostumbrado»<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Esta sentencia arbitraria de 1501 se halla inserta en el Proceso de los Hombres Buenos de Améscoa la Baxa, solicitando se les haga hidalgos de privilegio. Año 1651. A. G. N. Faxo 1. Escribano Huarte. Sala 1.ª. Est. 2.ª. Drcha.

D) En mis conversaciones con los ancianos he podido descubrir cierta nostalgia por una solidaridad que existía y se va resquebrajando. De sus labios he oído frases como éstas: «Las gentes se trataban más entonces ... había más trato ... más unión ... los días de Animas y San Lázaro los parientes sacaban responsos en las sepulturas de sus respectivas casas troncales» ... «Había más asistencia a los enfermos ... se iba a perder las noches siempre que hiciera falta, aunque la enfermedad durase meses ... Ciertos trabajos se hacían comunitariamente, tal el tranquilar el lino, el deshojo del maíz».

En este terreno de la solidaridad y asociacionismo hay que situar los molinos amescoanos: el molino de San Martín perteneció a unos cuantos vecinos que lo explotaban comunitariamente; el de Eulate, a un grupo de porcionistas (hoy lo denominaríamos «una Sociedad Limitada»); los de Aranarache y Larraona fueron molinos concejiles; y el de Zudaire, aunque a principios de siglo era de propiedad privada, en su larga historia pasó por vicisitudes de todo tipo social.

#### EL MOLINO DE SAN MARTIN

En 1869 varios vecinos de San Martín se pusieron de acuerdo para construir un molino harinero que, decían, «ha de beneficiar mucho al vecindario». Se proponían aprovechar un regato cuyas aguas corren hacia el río Uyarra por un barranco estrecho y hondo que separa Irurbe de Sacuarana, dos altozanos que bordean por el mediodía el caserío de San Martín. A tal fin compraron al Concejo «un terreno de 5 a. y 6 cn. de extensión, equivalente a 10 almutadas, con dos árboles de roble en él existentes, sitas en el monte Mendisu y punto denominado Mendorrecaide». El importe del terreno fue de 12 escudos «que en el acto de la venta entregaron los compradores a Tomás García y García, mayordomo administrador del fondo común del pueblo de San Martín, en monedas de oro y plata, que el dicho Tomás contó». Todo ello a la vista del Notario Anastasio Barrera que autoriza la escritura, fechada el 14 de enero de 1870<sup>3</sup>.

*El edificio y sus accesorios.* Para alojar la maquinaria construyeron un edificio de mampostería, de un solo piso y tejado a una vertiente, apretujado entre los mismos taludes de la barrancada. El extremo occidental del piso monta sobre unos muros recios que encajonan el mismo cauce del riachuelo, aprovechándolo para dotar al edificio de un sótano donde penetra la terminal del saetín y se instalan las ruedas hidráulicas. El sótano éste es una

3 Archivo familiar de Julian Martínez, de S. Martín.

oquedad ciega y abovedada, abierta al exterior únicamente por un boquete arqueado, a modo de puerta, por donde sale al exterior el agua después de mover las ruedas. El piso se reduce a una nave bastante amplia con una ventana pequeña y enrejada, abierta al Sur y una puerta grande (las caballerías y hasta las yuntas de bueyes con el carro entraban dentro de la nave). Las piedras de moler con sus respectivas tolvas, arcas de harina y pescante se alojan en el ángulo noroccidental de la nave y frente a la maquinaria (en el ángulo S.W.) había un cuartico con su fogón y chimenea de humos.

*La presa.* A unos metros de distancia, barranco arriba, construyeron una pared recia que cierra el paso a las aguas del «regacho» y las remansa en un somero embalse; le llaman «la paradera».

*El pozo.* Adosado a la presa en su flanco Sur, construyeron un cubo de sillares de piedra, profundo y de forma poligonal, donde se acopia el agua para que con el volumen adquiriera presión y fuerza motriz; es el pozo.

*El saetín.* El agua acumulada en el pozo sale del fondo de éste precipitándose por un canal cerrado, hecho de piedra, cuyo hueco se va estrechando hasta salir a presión por dos orificios que lleva el canal en su extremidad. A este canal cerrado, a manera de embudo, llaman «el saetín».

La presa o «paradera» lleva una compuerta de hierro que abre y cierra el boquete por donde el agua embalsada se desliza al pozo, y en su margen derecha un rebaje para que el sobrante de agua siga su curso y vuelva al cauce.

*La Sociedad.* Una vez plantados el edificio del molino y sus accesorios, la agrupación de vecinos se constituyó en Sociedad, como propietaria de la finca y explotadora, comunitariamente, de sus instalaciones. He aquí un resumen del acta: «En el lugar de San Martín a 12 de abril de 1872 ... se reunieron (siguen los nombres de los 15 socios) ... los cuales, hallándose libres en la administración de sus bienes, en ejercicio de sus derechos civiles y con capacidad legal para otorgar esta escritura pública ... acuerdan 1 / Que los citados Manuel López, Crisanto García y Maximino Azanza (los 3 compradores del terreno) tienen en pleno dominio un trozo de terreno inculto en el monte llamado Mendisu y término de Mendorrecaide ... 2 / Que los citados señores compraron el terreno para sí y sus consocios, pagando el importe de la citada finca entre los 15 individuos a partes iguales. Que entre los 15 individuos que van notados no representan más que una persona y familia, han construido a sus expensas y por partes iguales un molino farinero con piedras soleras y correderas, rodetes, saetín, larenzal y damás jarcias necesarias y están al corriente para moler, como ya lo practican. Se compone el edificio de un solo piso y tiene de longitud 11 m. y de anchura 7 m. y además han construido en la parte del monte un pozo donde

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

se reúne el agua de moler y funcionar la maquinaria. Tiene de valor la obra que han hecho 3.700 pesetas por manera que corresponde a cada una de las personas que van anotadas a 250 pesetas. 3 / Los tres compradores del terreno ceden su propiedad a los 15 que forman la Sociedad ... Caso de que alguno de los socios enajene su parte, será precisamente a una persona que tenga vecindad en este pueblo ... En cuanto al régimen de la Sociedad los asuntos se resolverán por votación entre los socios, ateniéndose a lo que decida la mayoría. Los votos serán personales y si algún socio llegare a poseer dos o más partes, sólo tendrá un voto. 4 / Habrá un administrador o depositario y además dos encargados que serán elegidos por suerte entre los socios y ejercerán sus cargos por término de tres meses. Serán obligaciones de los encargados el tener en el molino los granos procedentes de la cueza y entregarlos al depositario en su casa. Será obligación del administrador o depositario recibir los granos que le entreguen los encargados y venderlos en la época y precio que la Sociedad determinare. El servicio de administrador y encargados será gratuito y obligatorio»<sup>4</sup>.

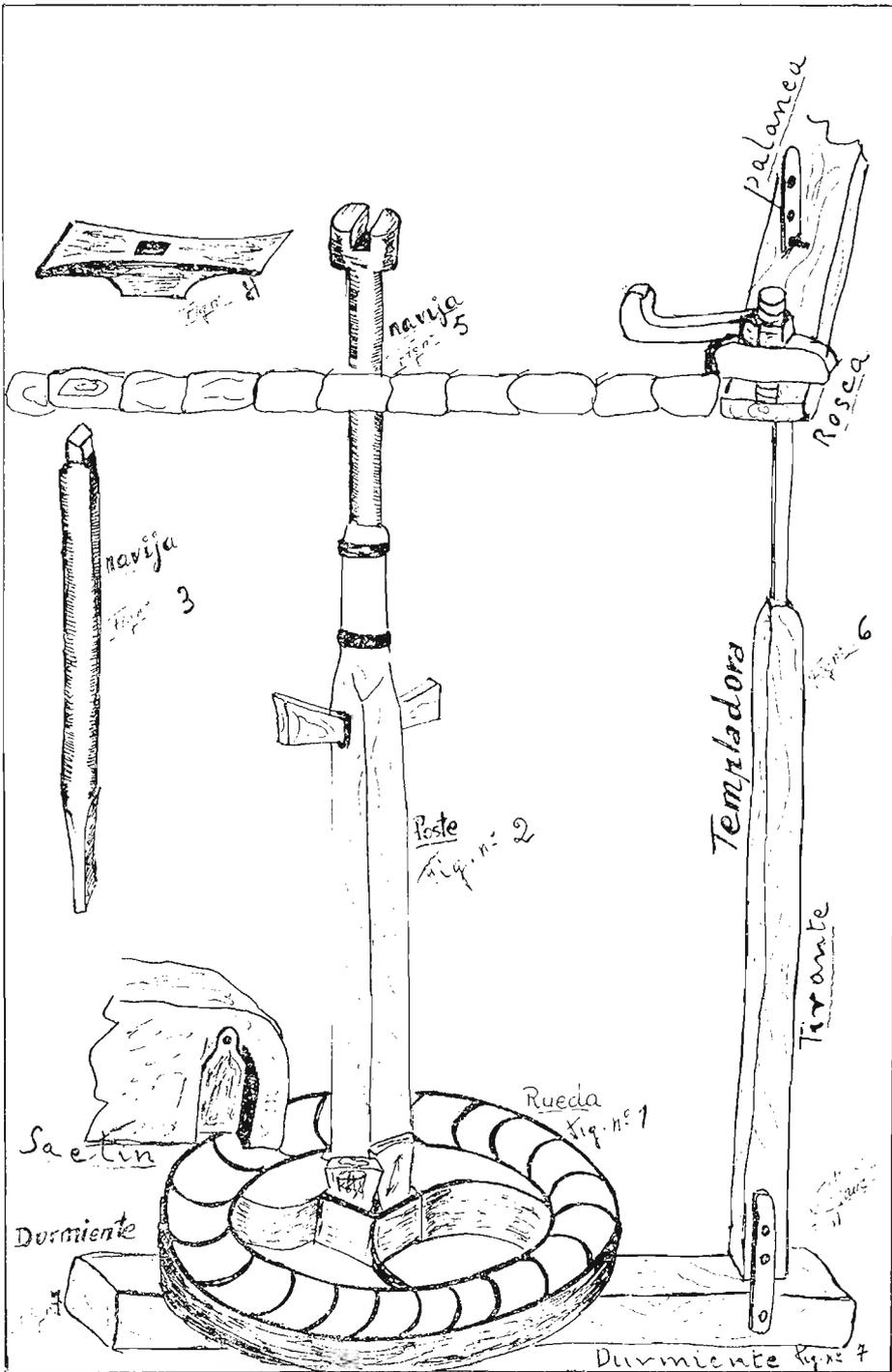
### ESTRUCTURA DEL MOLINO

La estructura de nuestros viejos molinos era elemental y simplicísima (véase el conjunto de las figuras 1 al 7). Tres eran sus principales elementos: a) dos piedras superpuestas de las que una, la encimera, gira sobre la otra y tritura el grano; b) una rueda horizontal cuya corona circular recibe el impulso del agua que salta con fuerza del chorro del saetín imprimiendo a la rueda un movimiento giratorio; y c) un poste vertical que sostiene fijamente la rueda a la altura conveniente, hace de eje al movimiento giratorio y transmite el movimiento a la piedra de moler.

*El durmiente* (Fig. núm. 7). Toda esta maquinaria se sostiene en un tablón grueso de haya, un durmiente, que lleva incrustada en su cara encimera una chapa de metal con un hoyo en su centro, donde encaja y se apoya el punto del poste. El durmiente va tendido en el suelo, libre para poder ser elevado y únicamente queda sujeto en un encuadre de piedra o cemento para que no se desvíe a un lado o a otro. Además de estos elementos, el molino tiene algunos mecanismos más y diversos accesorios ... pero pasemos a describir cada uno de los elementos, de sus mecanismos y de los accesorios.

*La rueda hidráulica* (Figs. núms. 1 y 8). El elemento más característico de nuestros viejos molinos ha sido la rueda horizontal hidráulica, llamada

4 Archivo familiar de los Hnos. García Saez, de S. Martín.



## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

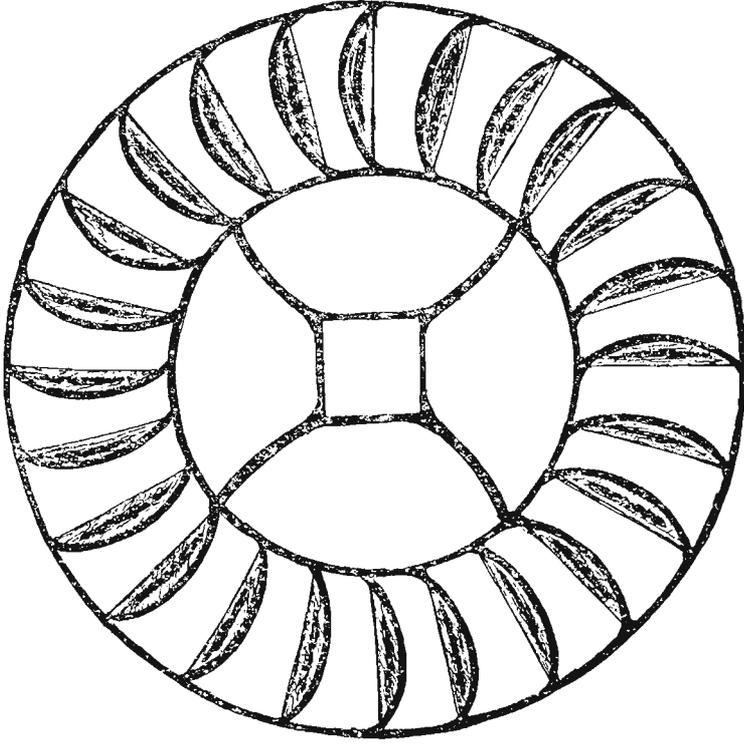
«rodete». En el molino de San Martín todavía sigue en su puesto uno de los rodetes; pero únicamente como testigo de su quehacer pasado. Es de hierro y tiene un diámetro de 1,49 m. y la chapa que lo circunscribe es de 0,13 m. de ancho. Estructuran el rodete (Fig. núm. 8) dos chapas, que circunferencialmente concéntricas, forman una corona circular de 0,32 metros donde van aprisionadas unas paletas ligeramente curvas y ligeramente inclinadas que reciben el impulso del chorro de agua que salta del saetín. Las paletas están distanciadas entre sí 9 cm., quedando entre paleta y paleta un vacío para el desagüe (las cazueletas). El centro de la rueda lo forma una caja de chapas, un cuadrado, de 0,21 m. de lado, donde se introduce el poste de madera. Esta caja central va unida a la corona de las paletas mediante cuatro brazos fuertes y consistentes con los que queda ensamblada toda la rueda.

Estos rodetes de hierro son modernos; todos los de las dos Améscosas se compraron en Vitoria en la década de los cuarenta de este siglo. Concretamente el de San Martín se compró en el año 1948 y costó 1.950 pesetas. Hasta estas fechas los rodetes fueron de madera de haya y manufactura local. Me contó el señor Mariano<sup>5</sup>: —«El rodete, hasta nuestros días, era de madera. En un tronco de haya de un diámetro conveniente, se aserraba un corroncho (un tablón circular) de unos 0,20 m. de grueso que se reforzaba con un aro de hierro. En el centro se vaciaba, con barreno y formón, un cuadrado donde había de introducirse el poste. Se modelaban después, también con barreno y formón, las paletas que habían de recibir el golpe del agua y a la vez se vaciaban los huecos intermedios que habían de servir para desagüe».

*El saetín* (Fig. núm. 9). El embudo de piedra por donde se precipita el agua desde el pozo, y al que llamaban saetín, penetra en el sótano del molino a la altura del rodete. En su terminal el saetín tiene dos orificios por los que salta el agua a chorro. Estos orificios se cierran con unas chapas de hierro. La apertura y cierre de estos orificios se realizaba mediante una palanca (Fig. núm. 9) que manejaban con una manivela instalada en el piso a la altura de las muelas.

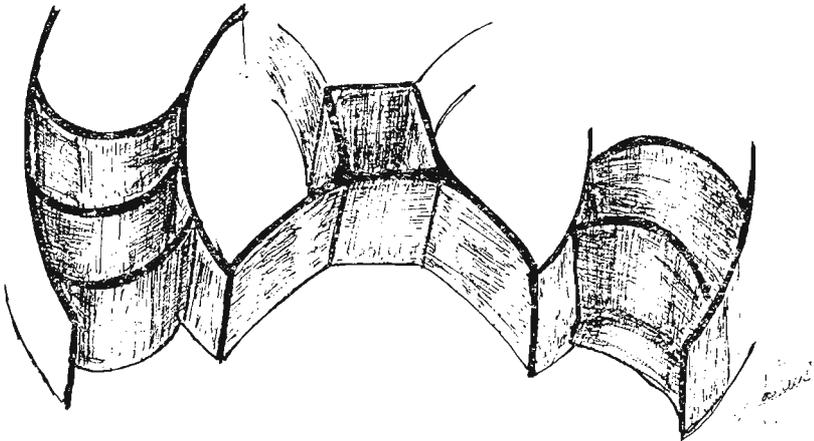
*El poste* (Fig. núm. 2). Es un madero de roble, cortado de raíz, tiene que ser una planta joven, el roble viejo se quiebra. El poste lleva en su extremo inferior una punta de hierro para facilitar el movimiento giratorio; le decían «el punto» (en lenguaje técnico creo se llama «gorrón»). El punto del poste encaja en el hoyo de una lámina de metal incrustada en el plano superior del durmiente que sostiene la maquinaria. A esta lámina,

<sup>5</sup> Mariano García Mendinabeitia fue carpintero de S. Martín († 1975).

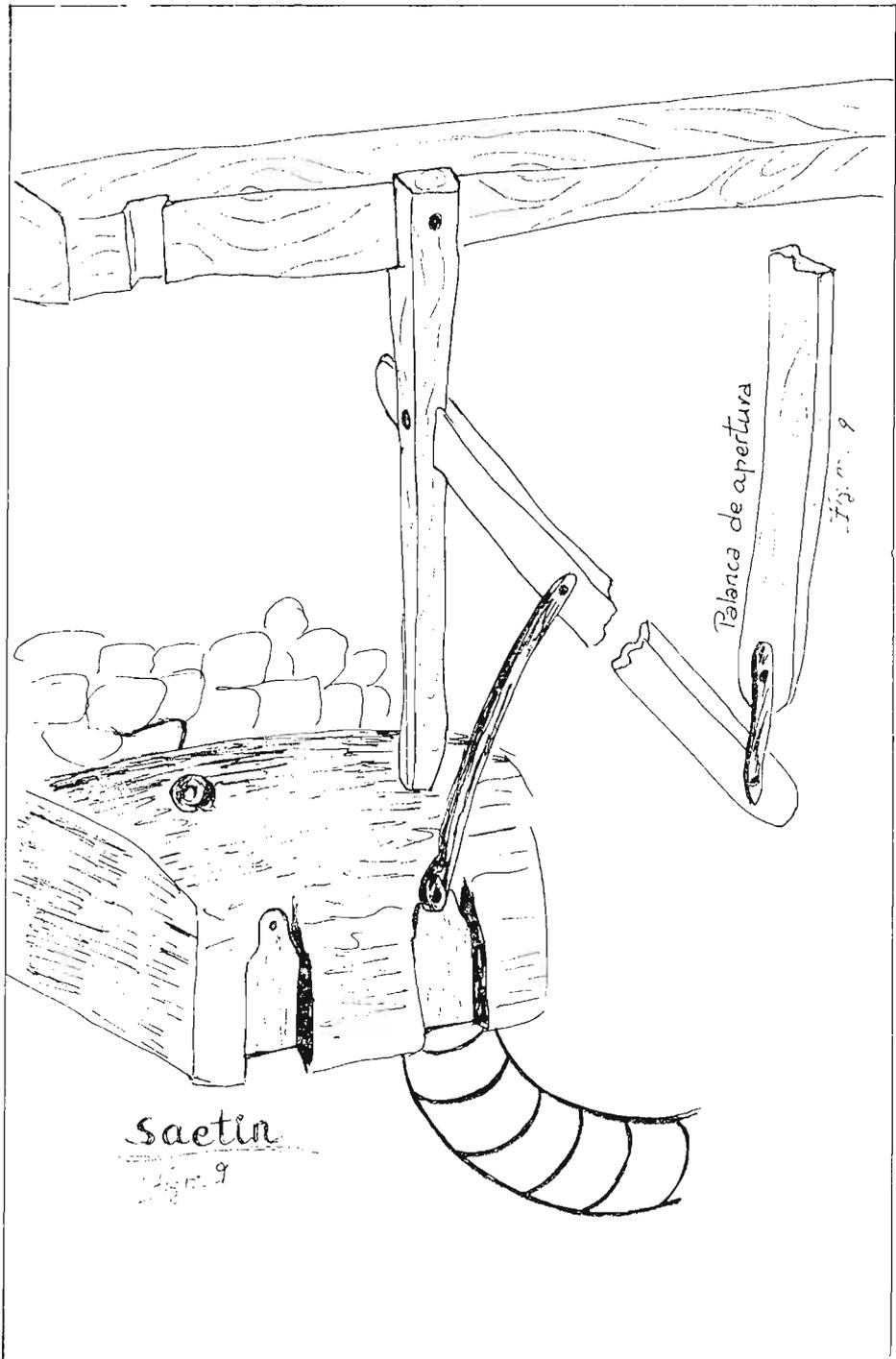


Rodete

Fig. n.º 8



ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA



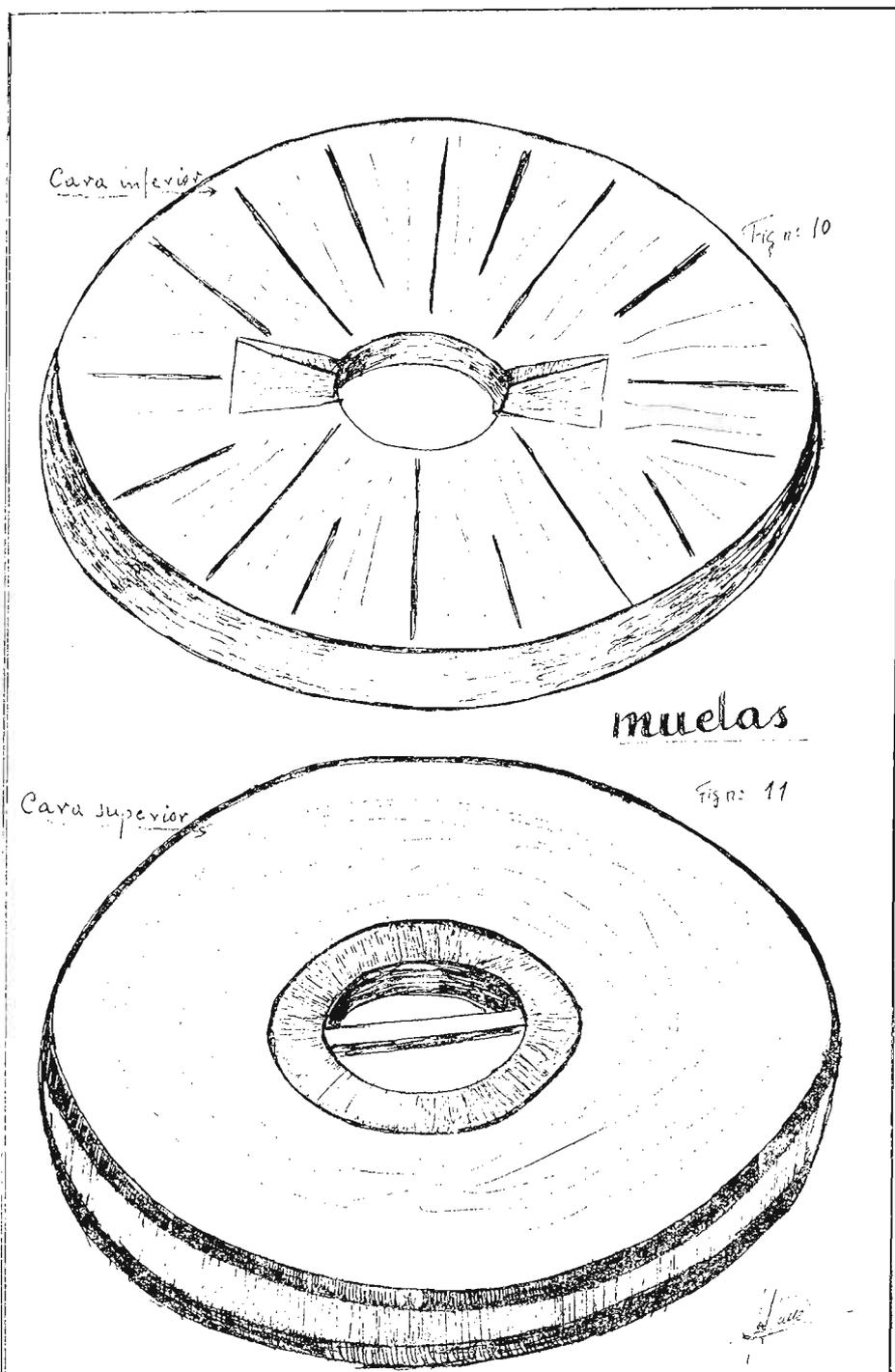
llaman «tejo» (tejuelo). Punto y tejo constituyen el quicio del movimiento giratorio del poste. Finalmente el poste lleva en su extremo superior una pieza de hierro a la que llaman «navija».

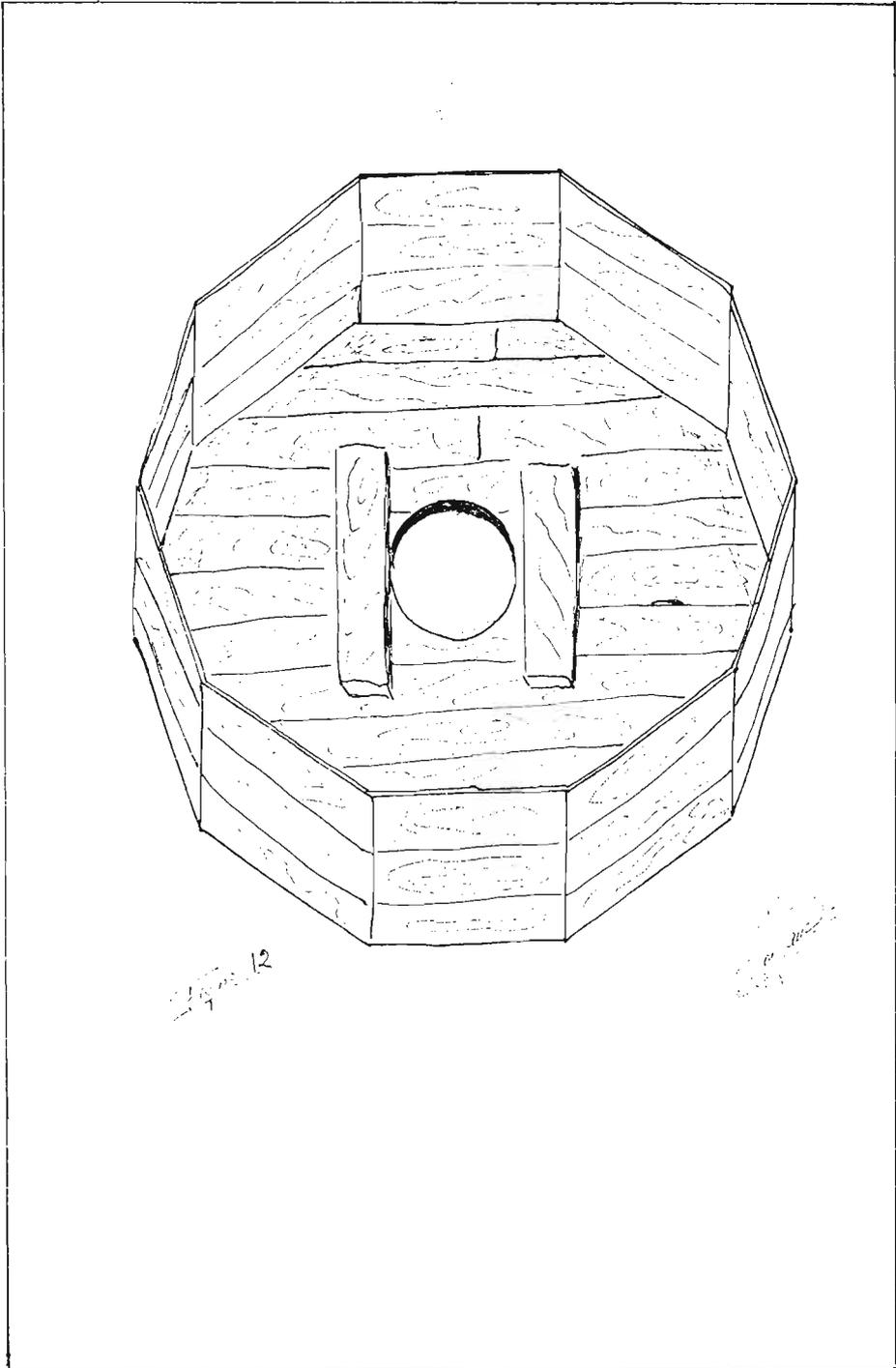
*La navija* (Figs. 3 y 5). Es una barra de hierro ensamblada en el poste donde unos anillos de hierro la aprisionan fuertemente (Fig. núm. 5). Es cilíndrica y atraviesa el ojo de la piedra solera para sostener y transmitir el movimiento a la muela corredera. Tradicionalmente y casi hasta nuestros días la navija terminaba en una espiga (Fig. núm. 3) que se introducía en la ranura central de una pieza de hierro recia y alargada y ligeramente ensanchada en sus extremos (Fig. núm. 4). A su vez esta pieza de hierro se incrustaba en la cara inferior de la muela corredera acoplándose con exactitud matemática en sendas ranuras que esta piedra tiene a los dos lados de su orificio central (Fig. núm. 10).

Ultimamente se empleó una navija que terminaba en horquilla (figura número 5) y en ella se apoyaba, bien sujeta, la barra de hierro que cruza de lado a lado en su parte media el orificio central de la muela corredera (Fig. 11). La barra estaba soldada a un anillo también de hierro firmemente incrustada en la piedra.

Según me informó Tomás P. de Eulate, el ojo de la piedra solera llevaba incrustado un cojinete, que últimamente era de bronce, pero que anteriormente fue de madera. Servía para facilitar el giro equilibrado de la navija, sostener en perfecta horizontalidad y equilibrio la pesada muela corredera y evitar la pérdida de granos o harina por el ojo de la solera.

*Las piedras de moler.* Elementos esenciales del molino son las piedras de moler. Una de ellas, la solera, es fija y va instalada en un andamiaje de recios tablones de roble a una altura conveniente en el piso de la nave. La otra gira sobre la solera; le llaman «corredera» y se apoya en la navija y de ella recibe el impulso para girar (Figs. núms. 10 y 11). Las del molino de San Martín miden 1,30 m. de diámetro. Una y otra van reforzadas por dos cellos de hierro. Ambas son estriadas para que la harina se deslice por los surcos y caiga al cajón (Fig. núm. 12) que sirve de sostén a la solera y de fondo a las dos muelas, de donde resbala por una lengüeta de cinc a un arca de roble (Fig. núm. 13). La piedra solera lleva en su centro un agujero de 0,38 m. de diámetro que deja pasar la barra de la navija hasta la muela corredera. En este agujero va incrustado el cojinete del que he hablado en un párrafo anterior, que ajusta perfectamente con la barra de la navija, permitiéndole giro libre e impidiendo la pérdida de grano o harina. La piedra corredera tiene a su vez un orificio de 0,24 m. de diámetro para dejar pasar a la mitad de las dos muelas los granos que descienden de la tolva o «tramoya». Las dos piedras van encerradas en un caparazón de tablas, de



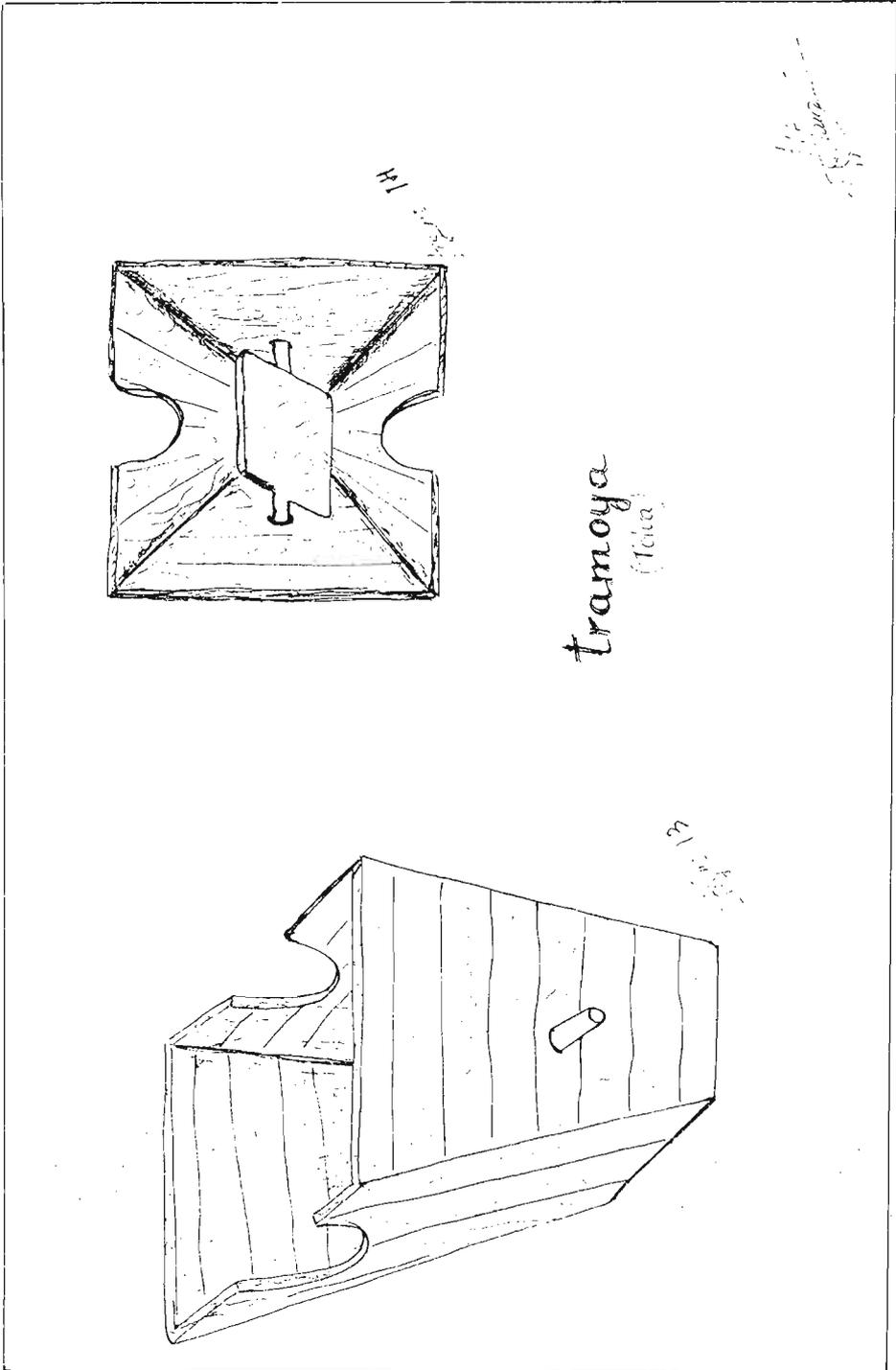


forma poligonal, y sobre él se asienta, en su mismo centro, la «tramoya». La tolva, a la que llamaban «tramoya», es una caja prismática invertida (Fig. núm. 13). En su parte inferior, junto al embudo, llevaba una tablilla giratoria para regular el descenso del grano (Fig. núm. 14). Con el uso las estrías de las piedras perdían sus asperezas y había que restablecer los surcos; a esta operación le decían «picar la piedra» y para tal labor contrataban un perito en la materia. De esto hablaré más adelante.

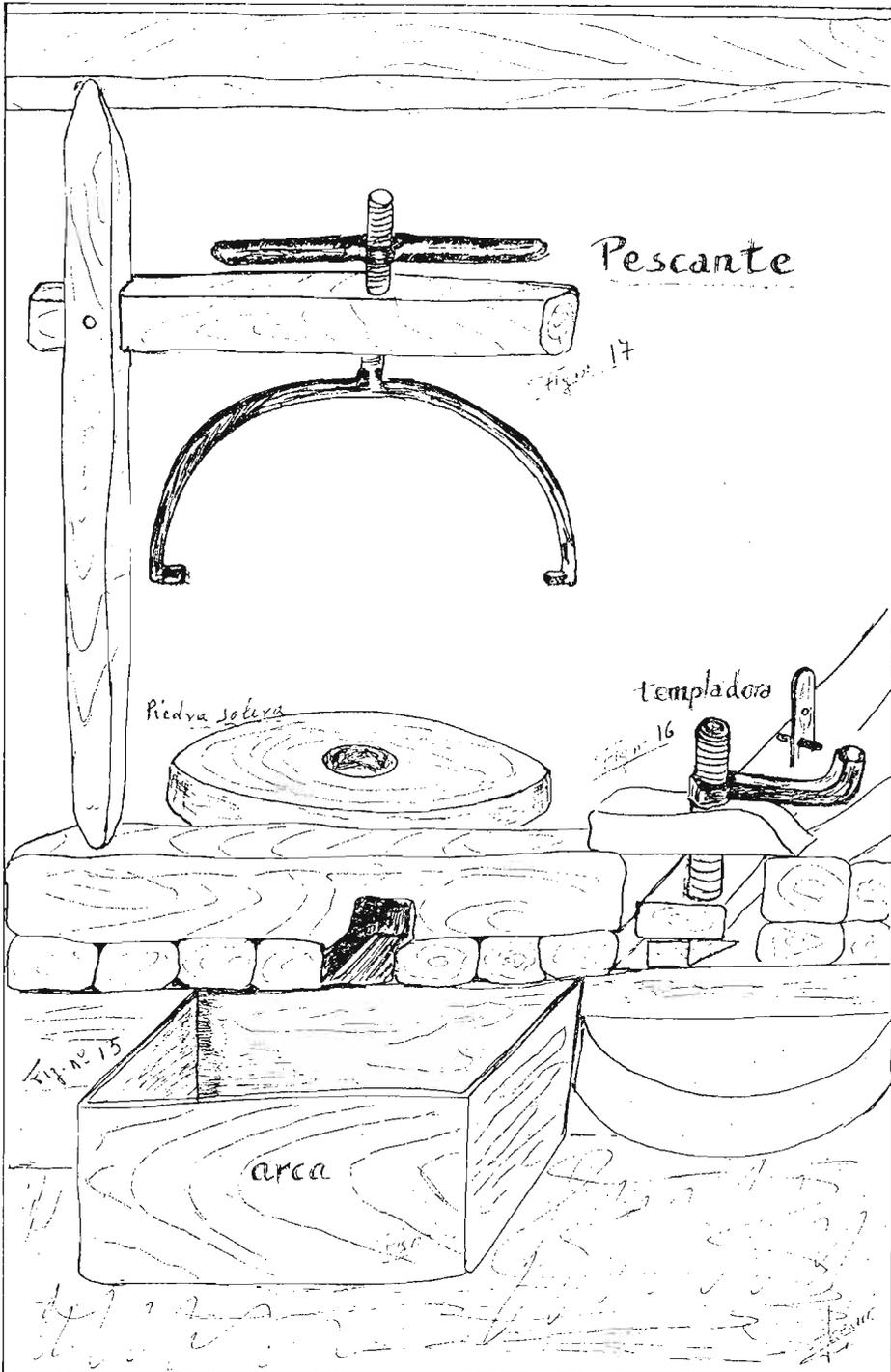
*La templadora* (Figs. 6 y 16). Al dispositivo que servía para regular la conveniente separación de las dos piedras de moler, a fin de conseguir harina más o menos fina, llamaban «templadora». Como la muela giratoria se apoya en la navija del poste y éste a su vez en el durmiente tendido en el suelo, era preciso, para la conveniente separación de las piedras, elevar o bajar el durmiente, el poste y la muela. Este trabajo lo realizaba la templadora cuyo mecanismo se reduce a una rosca, una palanca que refuerza la potencia de tuerca y tornillo y un tirante para conectar la palanca con el durmiente (Fig. núm. 6).

La templadora estaba instalada en el piso, al lado de las piedras de moler (Fig. núm. 16). La rosca se sostenía en el mismo borde del andamiaje y también aquí se asienta el extremo de la palanca, la cual se reduce a una tabla recia de roble cuyo extremo opuesto se apoya en la viga del lado contrario del andamio. Entre los dos extremos de esta tabla encontramos sujeto a la palanca, mediante una barra de hierro y unas clavijas, el tirante que une a la palanca con el durmiente del poste. El tirante se reducía a un listón de madera con unas chapas en su extremo inferior que lo unen con el durmiente y una chapa de hierro en su parte superior para unirlo con el brazo de la palanca. La cabeza del tornillo llevaba un brazo de hierro con su manivela para facilitar el manejo de la rosca (Fig. núm. 16).

*El pescante* (Fig. núm. 17). Para montar y desmontar las piedras de moler, para levantarlas y desplazarlas de su sitio, se servían del pescante. El pescante es un poste de roble, recio y macizo, cuadrado y giratorio, armado en el mismo andamiaje de las muelas. Lleva en su parte superior un saliente también de roble. Del extremo de este volante cuelga un arco de hierro, una media circunferencia de un diámetro ligeramente superior al de las piedras. Este arco, cuyos extremos se enroscan formando sendos agujeros, hace de tenaza para agarrar la piedra. Las uñas de enganche de arco y de piedra se reducen a unas clavijas que traspasan los orificios terminales del arco penetrando en los correspondientes agujeros de la piedra. La acción de subir y bajar la piedra la realiza el pescante mediante una tuerca y su tornillo de cuya punta cuelga el arco. La cabeza del tornillo lleva unos brazos largos para facilitar su manejo.



ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA



## LA MOLIENDA

El molino de San Martín, como todos los de las dos Améscoas, tenía doble maquinaria, dos ruedas hidráulicas y dos juegos de piedras, uno para moler el trigo y el otro para moler el pienso del ganado. Hubo un tiempo en que se molió en él bastante trigo y hasta se contrató algún que otro molinero a fin de obtener una buena harina para el pan; pero desde que pueden dar razón los más ancianos del pueblo, nuestro molino, salvo en casos excepcionales, se ha dedicado, casi exclusivamente a moler los granos para el alimento de los animales, siendo los mismos socios los que han manejado la maquinaria y molturado el fruto de sus cosechas. Cada semana uno de los socios hace de «encargado del molino» y en su casa se guarda, en esa semana, la llave del edificio. En el cargo de «semanero» iban turnándose, a renque, todos los socios. El semanero debía atender y servir a los que no eran socios, cobrándoles, por cada robo de grano, una cantidad fija. La costumbre fue descontar un almud de cada robo. A este descuento llamaban «la cueza» y su importe se repartía entre los socios a partes iguales.

Como el regato que alimenta de agua al molino es un riachuelo insignificante, sólo cuando las lluvias eran abundantes y continuas y en tiempos de nieves, el caudal del «regacho» era copioso y se podía moler de continuo. La gente aprovechaba estas circunstancias para hacer sus reservas de harina. Recuerda, a este propósito, Elvira Martínez, que ella tuvo que llevar muchas veces la cestita de la comida al molino, para que su padre o hermanos aprovecharan mejor el tiempo. Si la sequía se prolongaba, había que moler «a pozadas» es decir, que al terminar el agua acumulada en el pozo, tenían que esperar pacientemente a que se llenara de nuevo. En el verano el molino quedaba parado por falta de agua.

Los trabajos de la molienda eran éstos: transportar el cereal hasta el molino ya a lomos de caballería o bien en el carro de bueyes; poner en marcha la maquinaria y vigilar su funcionamiento; un cuidado especial lo exigía la «templadora», a fin de mantener las muelas en el punto idóneo de separación, circunstancia que comprobaban examinando al tacto la bastedad o fineza de la harina; alimentar el molino vaciando en la tolva (en Améscoa llaman a la tolva, «tramoya») el contenido de los costales; trasvasar la harina del arca a las talegas y transportarlas a casa. Los socios recogían la llave de la casa del semanero y ellos mismos realizaban su tarea, naturalmente sin descuento alguno. La limpieza de la presa y pozo y los reparos necesarios del molino se hacían aportando los socios su trabajo personal. Los gastos que ocurrían se pagaban a escote.

En los años de la guerra civil y en la postguerra, nuestros molinos tuvieron un protagonismo relevante y clandestino. El molino de Zudaire fue

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

precintado; los restantes fueron autorizados únicamente como molinos de piensos y todos estrechamente vigilados. El Servicio Nacional del Trigo recogía el trigo declarado por los labradores, se molía éste en las «Fábricas de Harina» y se repartía a cada individuo su ración de harina. Todo el mundo estuvo sometido a racionamiento; pero como era un racionamiento de hambre, todo quisque tuvo que recurrir a lo que se llamó el «estraperlo». Los agricultores guardaban parte de su trigo clandestinamente y lo molían a escondidas. Confiesa el señor Juan Francisco: «Las familias pobres se vieron obligadas a comprar a los mendigos los mendrugos de pan que les daban de limosna las familias pudientes, para poder dar a sus hijos un "currusco" de pan».

Y continúa así este molinero del molino de Eulate: «Yo tuve que pasar muchas noches en el molino. Recuerdo, impresionado todavía, a Cegama el de Zudaire, solía llegarse al molino de noche, con su caballería cargada de sacos de trigo, a monte traviesa, expuesto a mil peligros, para que no les faltase a sus nueve hijos su ración de pan». De San Martín tenemos el testimonio de Victorina Lecea, viuda y madre de nueve hijos, todos, a la sazón, pequeños, a la que yo mismo he oído repetir con harta frecuencia: —«¡Cuántas veces tuve que pasar la noche en el molino, para que pudieran comer mis hijos el pan que necesitaban!...». Esto quiere decir que muchas veces, bien cerrada la noche, tuvo que «juñir» los bueyes, ayudada de sus hijos (el mayor tenía 13 años) y con el carro cargado de costales de trigo bajarse hasta Mendorrecalde en el silencio impresionante de la noche a la luz de la luna que recortaba sus negras siluetas en los taludes de la barrancada y realizar las faenas de moltura en la lobreguez del molino con el mísero alumbrado del candil de aceite. Cuando llegaban a casa con las talegas de harina en el carro, los gallos cantaban la proximidad de la aurora.

### UN ¡ADIOS! A NUESTRO VIEJO MOLINO

Hace ya muchos años que el silencio del abandono ha caído en el estrecho y umbrío barranco de Mendorrecalde. Se apagó para siempre el eco del sordo runrunear de las piedras que trituran el cereal y el traqueteo de la maquinaria en febril actividad y el rumor del agua que borbollonea salpicando en el rodete... No se oye ni el sonoro pisar de las caballerías, ni el chirriar de los carros, ni el ¡AIDA! animoso del bueyetero<sup>6</sup>, ni las risas de los niños que hacen equilibrios peligrosos en la pasarela de las presas... La

<sup>6</sup> En Améscoa llaman "bueyetero" al que guía la pareja de bueyes o maneja la yugada y "bueyero" al que lleva los bueyes a pastar y cuida de ellos.

maleza, el musgo y el herbaje han borrado la silueta de viejas paredes y la tierra, no pisada, estalló en una maraña de arbustos y ortigas, espinos y zarzas, matas y «bidurres»<sup>7</sup>. Entre tanto follaje nuestro molino asoma el deterioro de su pobre estampa; pero con la dignidad de haber cumplido su misión con honradez... Porque los molinos no tienen del todo limpia su ejecutoria. La mala fama asoció al molino harinero con ciertas mañas de hurtillos y sisas. Para disipar del nuestro todo tufillo de fraude, el maestro del pueblo, al dictado, claro está, de sus dueños, escribió, allá por los años 1887, en el reboque de la pared, con recia y elegante caligrafía, estos sentenciosos renglones:

«Es éste un molino de honor  
si en él entrara gente honrada,  
no se le quitará nada.»

### EL MOLINO DE EULATE

Está situado a la orilla derecha del río Uyarra, a media hora larga de buen andar desde el pueblo. Tiene todos los elementos de los demás molinos de las Améscoas: la presa que embalsa el agua del río a la que dicen «paradera»; el pozo que la reúne y acopia; el saetín o embudo de piedra por donde el agua se precipita en el rodete. La maquinaria doble y de idéntica estructura a la de San Martín. No muy lejos, río arriba, se encontraba el molino viejo; los dos pertenecieron a los mismos dueños. El edificio, pobre, es de mampostería y con tejado a una vertiente. En el interior, una nave alargada en cuyo extremo N. se alojan las piedras de moler y sus accesorios y en un rincón, el fogón con su chimenea de humos. Debajo del piso donde se hallan las muelas, labraron un sótano para los rodetes con su canal de desagüe.

### SOCIEDAD PROPIETARIA DEL MOLINO

El molino pertenecía, desde tiempos antiquísimos (casi con seguridad desde principios del siglo XVII), a un grupo de vecinos de Eulate; se auto-denominaban «dueños y porcionistas del molino farinero de Eulate».

<sup>7</sup> En Améscoa llaman "bidurres" a los tallos de la *Clematis vitalba* L. En mi trabajo *Estudio Etnográfico de Améscoa* "Cuadernos" núm. 8, p. 130, di a "bidurre" una equivalencia castellana equivocada "madreselva". Al rectificar este lapso mío, agradezco a Javier Irigaray Imaz su aportación magnífica al conocimiento de la onomástica botánica amescoana. Véase "Fontes L. Vasconum" núm. 24, pp. 439 y ss.

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

En el año 1647 la Sociedad estaba formada por veinticinco «particulares porcionistas»; pero don Juan Alvarez de Eulate, señor del Palacio, contaba con tres porciones. Todos los años arriendan el molino. Preside la Sociedad un mayordomo, cargo en que se van turnando anualmente todos los socios. Sus juntas ordinarias eran éstas: el día de San Antón (17 de enero) tratan del arriendo del molino, gastan un robo de pan y dos cántaros de vino a cuenta del arrendatario; el día de Nuestra Señora de las Candelas (2 de febrero) es la fiesta grande de los porcionistas, comen dos ovejas o dos carneros con su correspondiente ración de pan y remojo de vino; al día siguiente de las Candelas, se juntan a «rematar» el molino y dar y tomar las cuentas, sólo tomaban un tentempié de pan y vino. Por los meses de agosto y septiembre todos los porcionistas iban a limpiar las acequias, presa y pozo y hacer los reparos necesarios; comen a cuenta de la Sociedad dos robos de pan y beben cuatro cántaros de vino.

Los dueños y porcionistas del molino constituían el Estamento de Hijosdalgo de Eulate. Para aquellas kalendas los hidalgos se habían multiplicado en los valles, equiparándose en número a los labradores, pero dada la mentalidad clasista de la época, su Estamento contaba con una marcada preponderancia sobre el Estamento de labradores. Dentro de los hidalgos existían grados y jerarquías y así el Palaciano se consideraba en un escalón más alto de nobleza: se intitulaba Maestre de Campo y Caballero de la Orden de Santiago. Su alta dignidad no le permitía codearse con los demás porcionistas en los trabajos manuales de limpiar presas y demás labores, a las que, justo es decirlo, «enviaba las personas que le tocaban según sus porciones», pero no encontraba ningún desdoro en compartir con ellos el pan y vino de las juntas y el guiso del carnero en la fiesta de las Candelas, actos a los que acudía en compañía de su hijo. Celoso él de los intereses de la Sociedad entabló pleito contra los restantes porcionistas acusándoles de «azer comidas y bebidas en exceso» y pide a Su Majestad remedio, y que «aún en los días que vayan a limpiar la cequia y hacer los reparos necesarios, solo puedan beber a cada dos pintas de vino, porque lo demás es supérfluo; particularmente en los dichos porcionistas que quando trabajan para sí y en sus propias heredades, lo pasan sin vino»<sup>8</sup>.

Los acusados supieron defender su honestidad y no pasó nada; pero este proceso nos ha servido para atisvar, hoy, algunas aristas de la problemática social del Eulate del siglo XVII.

8 "Proceso del Maestre de Campo D. Juan de Eulate, Caballero ... contra Lorenzo Martínez, Alcalde Ordinario del lugar y valle ...". Año 1647. Escribano Juan de Ulzurrun. A. G. N. Leg. 187. Sal. 2.º. Est. 1.º. Izqda. Balda 2.º

**LOS «ALDUNES»**

El señor Honorato conserva en su casa de Eulate los viejos libros de cuentas de la Sociedad. Contienen la historia completa del molino y sus hombres desde finales del siglo XVII hasta casi nuestros días y en ellos encontramos minuciosamente consignados todos sus avatares y aconteceres: arreglos de presas y acequias, de la navija y el barrón, dónde se compraron las piedras de moler, quién y en cuantos días hizo los rodetes... y el vino que gastaron «quando cortaron el haya para la rueda» ... y todos los menús de las comidas que se han hecho a lo largo de su historia. De estos libros únicamente voy a entresacar aquellos datos que contienen cierto interés etnográfico.

A principios del siglo XVIII formaban la Sociedad propietaria del molino los diecisiete «cabezas de familia» de las casas fuertes de labranza del pueblo. Les llamaban los «ALDUNES»<sup>9</sup> y no les desagradó el mote, ya que ellos mismos se lo aplican, al principio tímidamente (la primera vez que aparece el nombre de «aldunes» en el libro de cuentas, es en el año 1702), posteriormente siempre que venía a cuento.

La agrupación de los «aldunes» tenía visos de Cofradía religiosa. Celebraban con especial solemnidad el día de San Blas (anteriormente fue la fiesta de las Candelas) y todos los aldunes estaban obligados a asistir a la misa que se celebraba por encargo de la Sociedad, «pena de 9 maravedís». Cada vez que muere uno de los porcionistas, la Sociedad encarga una misa en sufragio de su alma, a la que deben asistir todos los aldunes so pena de 9 maravedís. El día de San Blas hay comida para los porcionistas. Eran comilonas para hombres solos y si alguna casa de aldunes tiene como cabeza de familia una mujer viuda (la mujer cabeza de familia tenía, según la costumbre amescoana, los mismos derechos que el hombre), se le daba un pan y una pinta de vino y se la mandaba a su casa o rumiar el silencio de su soledad, mientras los hombres, tras el rancho abundante y succulento, se entregaban, de tarea, al juego del mus. Esto de excluir a las mujeres estaba asentado, como «capítulo», en los «contos y combenios y costumbres que ha habido para el buen gobierno de la dicha congregación». Rezaba así tal como lo redactaron en el año 1757: «que si acudiere alguna mujer viuda, que tenga derecho al dicho molino, a la comida que se hace el día de San Blas, se le de una torta, que regularmente suele ser de dos libras y media y una pinta de vino, con lo que se deben despedir las dichas mujeres».

También estaba asentado como capítulo que «quando quiera que haya junta o baçarre o labor para la conservación del molino o congregación, para

9 «Aldun» es una palabra vasca que quiere decir “poderoso o potentado”.

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

tomar algún refresco o comida, cualquiera de los congregantes o dueños que tubiere alguna cuestión o quimera o desazón ... tenga de pena dos ducados cada vez que hubiere ruido o quimera ... a discreción de los mayordomos».

Las juntas se hacían a toque de campana. Está «asentado» que siempre que hubiere necesidad de juntarse los dichos dueños del molino, «sean obligados los mayordomos de tocar la campana que es de las dos mayores la menor, dandole tres campanadas o golpes en dos veces y que dichos interesados que llaman aldunes, sean obligados a acudir luego a la casa concejil, pena de 9 maravedis».

Todas las labores de limpieza y arreglos de presas y acequias, acarreo de las muelas y del rodete, etc. las realizaban los porcionistas mediante la prestación gratuita de su trabajo personal y la de sus yuntas y caballerías (para la prestación de las yugadas y caballerías se llevaba una lista de riguroso turno entre todos los socios). La Sociedad costeaba únicamente, en esos días, la consumición de pan y vino. Estaba acordado como coto y convenio que «ningún vecino interesado en el molino pueda enviar a las labores persona que no estuviere en actual servicio de su casa, pena de un cántaro de vino si lo enviasen».

*La comida.* Era en el día de San Blas (3 de febrero) que se hacía una comida para los aldunes por todo lo alto. En el siglo XVIII la comida es sustanciosa y abundante, pero austera: dos carneros u ovejas, pan, nueces, manzanas y queso, bien rociado todo de vino. Por primera vez en 1782 al «rematante» del molino se le obliga a poner, además de cuatro pesos (\*) para los carneros, las especias, cebollas y garbanzos. A partir de esta fecha se hacen imprescindibles los garbanzos, con los que, creo yo, se haría el caldo de la sopa; y en ningún año faltan las nueces, las manzanas y el queso. Por los años de 1818 se añaden nuevos platos: berza, arroz, cebón, huevos y pimientos escabechados. En el año 1850 aparece por primera vez lo que en Améscoa llamamos la «ensalada» (lechuga con aceite y vinagre) y el menú de los aldunes se irá enriqueciendo con tocino y chorizo. Lo que, en Améscoa conocemos con el nombre de «laminurías» (rosquillas, galletas, almendras) no hacen su aparición en la mesa de los aldunes hasta los últimos años del siglo pasado (1892); aunque el chocolate aparece en el libro de cuentas desde 1822 (como desayuno del sacerdote que celebró la misa de San Blas). Así mismo es en las postrimerías del siglo XIX cuando los aldunes se permiten el lujo de tomar café, aguardiente, rancio ... y fumarse cigarros puros de 0,20 pesetas.

---

(\*) Moneda de plata equivalente a 8 reales fuertes.

**EL MOLINERO**

El molinero fue durante muchos años el rematante del molino, que pagaba a la Sociedad la cantidad comprometida en la subasta y lo explotaba por su cuenta. Pagaban a la Sociedad una cantidad en dinero, otra en especie (trigo), amén de parte del gasto de la fiesta de San Blas. En 1704 fue así: 6 ducados, 26 robos de trigo, un carnero para la fiesta de San Blas y el vino para el día de San Antón. Durante muchos años estas cantidades oscilaron poco en las subastas; pero al rematante le imponían, además, «las costumbres de antiguo observadas» a saber: «si acaso hubiere algún daño en el molino por su culpa, por no cerrar la paradera o algún otro descuido», se le cargaba a su cuenta el daño; también era de su incumbencia «el acarrear y atrempar los martillos». Por la molienda no podía cobrar a los dueños o porcionistas del molino, sino «a tres almudes por carga (la carga equivalía a siete robos) y si la cantidad a moler no llegaba a una carga, debía cobrar medio almud por robo. A este descuento llamaban «el cuevo o molutura».

Tratándose de los que no eran porcionistas la cantidad a cobrar quedaba al arbitrio del molinero. Los porcionistas tenían obligación de moler en su molino. En los tiempos más antiguos la subasta se hacía sólo por un año y el rematante solía ser uno de los porcionistas. Posteriormente el molino «se remataba por tres años» y los rematantes eran vecinos del pueblo o gentes de fuera, seguramente individuos cuya profesión era la de molinero.

Manuel Martínez de Hidalgo, vecino de Contrasta, sirvió de molinero por más de 10 años seguidos: quedó con la subasta por primera vez en 1868 comprometiéndose a pagar a la Sociedad 600 reales fuertes y cuatro cántaros de vino más robo y medio de pan para el día de San Blas.

Al entrar en nuestro siglo la Sociedad de los Aldunes había experimentado sensibles cambios. Estaba integrada por doce porcionistas; pero seis de esas porciones habían venido a parar a manos de Julián García de Eulate. Siguen celebrando la fiesta de San Blas con misa, comida y mus. En el menú de sus comidas entran los manjares, bebidas y cigarros corrientes en los banquetes de actualidad; pero son los aldunes asistentes los que personalmente pagan su comida, cuyo prorrateo se descuenta del beneficio social a repartir, a partes iguales, entre los doce porcionistas.

Ya no se subasta el molino, sino que se «ajusta» un molinero asalariado.

El último molinero de Eulate fue Juan Francisco García de Eulate (Foto núm. 1), que sirvió a la Sociedad durante 20 años. Lo ajustaron el año 1922 en 160 pesetas anuales, que en 1923 subieron a 200 pesetas y

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

el año 1927 habían llegado a 250 pesetas. Aún se le nota, en la conversación, al bueno de Juan Francisco el cariño que siente por su viejo molino. Este molinero se encargaba de todas las tareas de la molienda y de una porción de cosas más: anotar en una libreta los gastos y las cobranzas, acarrear el grano y repartir la harina por las casas, picar las piedras ... si a esto añadimos el recorrido diario de su casa al molino y del molino a casa, comprendemos que en más de una ocasión sintiera necesidad de desahogar sus fatigas en las notas de esta jota:

«¡Tengo los zapatos rotos  
de bajar al molinete,  
de echar trigo en las tramoyas  
y dar agua a los rodetes!»

A los socios se les molía gratis y tenían preferencia; a los que no eran porcionistas se les cobraba una cantidad fija (el cuezo o moltura), que en este siglo se hace en dinero. Cuando entró Juan Francisco de molinero pagaban los no socios 10 céntimos por robo de mesto y 15 céntimos por robo de trigo. Más adelante la cuota fue elevada a 20 céntimos y 25 céntimos, respectivamente. No se cobraba en el acto, sino que se apuntaba en una libreta el importe de la molienda y en el mes de junio el molinero, portando su libreta de apuntes, acompañaba al Mayordomo de casa en casa y cobraban el importe de la molienda de todo el año. Como la mayor parte de las casas carecían de caballerías para transportar su carga al molino, el molinero debía recorrer las calles del pueblo con un macho enjaezado con un collar de campanillas (Foto núm. 2) para que las dueñas de las casas se enteraran de su paso. Al oír el tintineo de las campanillas, me dice Juan Francisco, las mujeres se asomaban a la ventana y gritaban: —«¡Venga, por la masada!».

*Picar la piedra.* El picar la piedra de moler era un quehacer delicado. Juan Francisco era un perito en esta labor de artesanía. El mismo describe la operación así: «Se labraban en el círculo de la piedra y de la longitud del radio, unos surcos profundos (los rayones), equidistantes. En los sectores intermedios se marcaban con las cuchillas unas estrías menos profundas que los rayones que van disminuyendo de largura gradualmente y en los intersticios se punteaban unas muescas o asperezas». Aún conserva los instrumentos de su trabajo, sus herramientas: el puntero y maceta para labrar los rayones y las cuchillas para marcar las estrías (Foto núm. 3).

*El puntero.* Es un cincel redondo de boca puntiaguda y cabeza plana, idéntico al que usan los canteros y albañiles para labrar las piedras.

## LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

*La maceta.* Es un martillo de cabeza gruesa, prismática y corta con el que los mismos artesanos golpean el puntero.

*Las cuchillas.* Son unas pequeñas láminas aceradas y afiladas en sus extremos. Son de dos tamaños: la más larga y estrecha mide 13 cm. de largo, 2,5 cm. de ancho y 8 mm. de grosor. Para su empleo esta cuchilla tiene que ir aprisionada en una abrazadera de metal que tiene forma de martillo (me dice Juan Francisco que la compró en Francia); abrazadera y cuchilla componen una única herramienta (Foto núm. 4).

La otra cuchilla mide 9 cm. de largo, 4 cm. de ancho y su grosor es de 5 mm. Para su uso se fija, mediante un tornillo a presión, en una abrazadera de hierro que lleva un mango de palo para poder golpear con ella cual si fuera una piqueta.

Juan Francisco solía picar las piedras por la noche, a la luz de un candil de aceite; la sombra que proyectaban las aristas de los rayones le orientaba para calcular la profundidad de los surcos.

### CIRCUNSTANCIA Y ENTORNO DEL MOLINO DE EULATE

El de Eulate es un molino temporero. Parte de las aguas del Uyarra se filtran, precisamente, cuando están a punto de regar los términos del pueblo y, sólo cuando el río baja muy lleno, puede seguir su curso valle adelante. Los «aldunes» aprovechaban la temporada de lluvias y nieves para hacer acopio de harina para el verano en que el río quedaba seco. «Molían, dice mi informante, 100 robos de trigo y tenían harina para todo el verano, pero esto sólo podían hacerlo los pudientes». La temporada de moler duraba de octubre a mayo; pero como la meteorología no es muy metódica que digamos y a veces informal, se daba el caso de lucir el sol con fuerza antes de salir el invierno e intercalar espacios secos en la, de ordinario, lluviosa primavera. En tales casos el molinero tenía que recurrir a «las pozadas». En el verano el molino permanecía inactivo por falta de agua.

Nuestro molino se encuentra escondido en un vallecico la mar de pintoresco, que viene a ser, para los de Eulate, algo así como el umbral de su monte comunal de Lóquiz, encrucijada de caminos y senderos que caracolean su geografía. El pequeño valle viene a ser un mero ensanchamiento de la garganta que encauza al Uyarra por entre colinas y altozanos. En su misma embocadura y, agazapado a la derecha del río, el molino presenta su pobre fisonomía. El redondel, tapizado de yerba, abre su horizonte remontando las suaves laderas y pinos repechos de su alrededor. El boscaje del contorno tupido de robles de ancestral raigambre impregna el ambiente de

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

sabor añejo y reciedumbre. En la pradera, el molino y un corral majada de ganado y la ermita de San Adrián terminal de Rogativas, dan al paisaje, con su humildad franciscana, un especial encanto. Se llega a este paraje por breve desfiladero entre las colinas de «Argariza» y «Azkontegui», bordeando el surco que labrara el «arbero» un riachuelo donde se encauzan las aguas sobrantes del pueblo y las corredizas del contorno para correr al Uyarra. Por su posición estratégica era el molino centro de reunión de gentes: ganaderos y leñadores, carboneros y arrieros, bueyeteros de carro chirrión y personas que acudían con su molienda. Los individuos más asiduos en sus visitas al molino eran Pascual, el dulero, y Alejandro, el cabrero. Mientras el ganado pastaba en el monte, ellos se acercaban al molino en busca de charla o tertulia, tal vez a refugiarse de las inclemencias del tiempo y sentarse al calor del fogón que Juan Francisco enciende todos los días y donde ellos calientan diariamente el puchero de habas de su merienda.

Alejandro era un bromista, un «elemento» de aquellos (los había en todos los pueblos) que con un jarro de vino a mano y la guitarra al brazo, hacían las delicias del pueblo entero con sus ocurrencias y su versolarismo vertido en coplas de jota. Le motejaban el «chato de Arteaga» por su origen valdellinés y se daba aires de humorista y hombre de ingenio. En Arteaga, de mozo, en una ronda nocturna endilgó a una moza poco agraciada esta disparatada jota:

Eres alta como un queso  
derecha como la hoz  
blanca como el chocolate  
¡Buenas noches nos de Dios!

Al evocar el señor Juan Francisco aquellos tiempos, aún se ríe de la gracia que le hizo una de las ocurrencias de Alejandro. Estaban todavía en primavera, el sol se despachaba a gusto y la sequía se prolongaba más de lo debido y el molinero se veía obligado a esperar pacientemente a que se reuniera la pozada. Lucas, el dulero, comentaba extrañado lo desconcertante de aquella climatología tan desacorde con la estación y ... Alejandro le atajó con desenfado filosofante: —¿No sabes lo que enseñan en la escuela? ... que el mundo anda dando vueltas? ... pues, en estos días nos toca andar por la parte de Cuba.

### EL MOLINO DE LARRAONA

El molino de Larraona se alimenta, como el de Eulate, de las aguas del Uyarra, que no le faltan en todo el año, pero que en el verano escasean. Es propiedad de la comunidad de vecinos y lo administra el Concejo. Para

no repetir cosas dichas, me limitaré a escribir algunas peculiaridades al dictado del señor Guillermo Martínez que informa así: «Ajustaban el molinero como se ajustaba al cabrero, por un tanto al año. El importe del arriendo iba a las arcas municipales. Los trabajos de limpieza de presas y demás arreglos se hacían "a vereda", y si ocurrían gastos corrían por cuenta del Concejo. El Concejo señalaba la cantidad que había de cobrarse a los vecinos por cada robo de trigo o pienso. Para los de fuera no había tasa, el molinero descontaba lo que se acostumbraba en otros molinos. Al descuento que el molinero hacía de cada robo en pago de sus servicios, se le decía «la MAKILA». El rodete era de madera de haya, que si está mojada dura mucho tiempo, el roble no vale. El rodete de hierro es de nuestros días; se compró últimamente. Yo he conocido renovar por dos veces el rodete de madera. Los hacía el carpintero de Eulate, el padre de Evaristo Ruiz. Se tiraba un haya de diámetro conveniente, en el tronco se aserraba un redoncho y el carpintero vaciaba con barreno y escoplo el cuadrado del centro y las cazuelas con sus aletas y huecos del desagüe. Para mejor manejarlo se cortaba en dos mitades. A mí me tocó transportar hasta el molino las dos mitades del rodete; allí las unían y las reforzaban con dos cellos de hierro».

### EL MOLINO DE ZUDAIRE

Al oír «Molino de Zudaire», inmediatamente viene a las mentes de todo amescoano la imagen de la casa que recorta su blanca silueta en la fronda exuberante de las riberas del Urederra (Foto núm. 5). Es un bello y pintoresco rincón, muga de los terrenos jurisdiccionales de Zudaire, Baríndano y Artaza, paraje intermedio de los términos de Bazarramendia y Erdoiza, dos topónimos preñados de historia amescoana. Unos metros más abajo se encuentra el «molino viejo» y a media distancia de uno y otro, un puente de traza antigua. Y, lo que son las cosas, el que hoy llamamos «viejo», era en las postrimerías del siglo pasado, el «molino nuevo». Un amescoano de solera, Tomás Pérez de Eulate, compró los dos molinos; durante algún tiempo vivió con su familia en las dependencias del que llaman «molino de abajo» que medio abandonado, todavía enseña su franciscana traza en la orilla izquierda del Urederra (Foto núm. 6) y remozó el que llaman «molino de arriba» que dedicaron exclusivamente a la molturación del trigo, dejando el «molino de abajo» para moler los piensos del ganado. La abundancia de agua en todas las épocas del año permitió a los Pérez de Eulate una actividad continua e intensa en los dos molinos. Muchas gentes acudían allí llevando sus moliendas en carros o caballerías, pero además uno de los molineros recorría diariamente los pueblos con una reata de tres machos enjaezados con collares de campanillas, recogiendo por las casas el

## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

trigo de la molienda a la vez que repartía la harina de la «masada». Por la moltura descontaban un almud por cada robo de trigo (la cueza) y con este descuento surtían de harina a las familias que carecían de tierras y por tanto de trigo.

Al remozar el molino de arriba, los Pérez de Eulate construyeron sobre el viejo edificio una casa amplia y confortable y la habilitaron para «posada». La simpatía de los dueños, la buena cocina (siempre a punto en ella un plato de exquisita trucha del Urederra y del sabroso jamón de la tierra), y lo ameno del entorno hicieron del «Molino de Zudaire» una posada de prestigiosa reputación.

La ventaja de los molinos de Zudaire sobre los restantes de las dos Améscoas está en lo abundante del caudal de agua que les suministra el río Urederra; por lo que ninguno de ellos necesita pozo para el acopio del agua. En los dos molinos la presa desvía parte del agua del río a una acequia que la conduce hasta la misma pared del molino. En el molino de arriba la acequia tiene una longitud de 600 m., está cavada en la misma tierra, mide dos metros de anchura y su profundidad es de un metro; pero en su tramo final el canal lleva una rampa con un declive gradual y fuertemente pronunciado, lo que da a este salto, dado su ingente volumen de agua, una fuerza motriz tremenda. Este tramo final va reforzado con gruesas paredes de cemento y llevan a su lado izquierdo una compuerta para desagüe y vaciado del canal. Me dice Tomás P. de Eulate, actual propietario de los molinos, que anteriormente al cemento, las paredes de refuerzo estaban formadas por un encajonado de traviesas de haya relleno de piedras y mortero de cal y arena.

La estructura y mecanismos de éstos eran idénticos a los de los otros molinos del valle. Tomás recuerda perfectamente todos sus elementos y su funcionamiento: los rodetes eran de madera y a última hora compraron uno de hierro fundido, la tolva o tramoya montaba encima de las muelas y en su punto medio, el saetín un canal corto de piedra a modo de embudo que atravesaba la pared del edificio para que el agua del canal se precipitara en el rodete. La templadora del molino de abajo era idéntica a la de San Martín ya descrita, mientras que la del molino de arriba era más elemental: se reducía a un dispositivo de hierro compuesto de una rosca con su tuerca y tornillo, fijo a la altura de las muelas, donde se ensamblaba directamente el tirante que enlazaba a la rosca con el durmiente en que se apoyaba la maquinaria. Para su fácil manejo, a la cabeza del tornillo se acoplaba una rueda pequeña de mano, a modo del volante de un automóvil. (Como se ve, la diferencia entre ésta y las otras templadoras es el que carece de palanca que refuerce la potencia del tornillo y a la vez permitiera la instalación de la rosca en el borde de la plataforma.)

## TRAYECTORIA HISTORICA DE LOS MOLINOS DE ZUDAIRE

Creo merece la pena hacer aquí un esquemático resumen de la interesante historia de estos molinos de Zudaire, historia que se pierde en los más remotos tiempos. En el año 1280 ya había molino o molinos en este rincón de las Améscoas. Perteneían a la Corona y por ellos pagaba el valle de Améscoa al Rey de Navarra un tributo anual de 16 kaices de trigo. El Compto de Navarra de ese año los llama «molinos de Inçura»<sup>10</sup>. A partir del año 1200 en que Alava comienza a girar en la órbita de los reyes de Castilla, Améscoa se encuentra en frontera de Navarra y Castilla la cual está siempre al acecho de largar un zarpazo a las tierras de nuestro reino; en aquellas circunstancias los molinos debieron ser excelentes objetivos de sabotaje. Dice así el Compto de Navarra del año 1294: «*In valle de Améscoa. De tributo molendinorum nichil, quia destructum fuit*»<sup>11</sup>.

A finales del siglo XIV el Rey había hecho «dono y merced de los molinos de Inçura, que S. M. tenía en val de Améscoa, en el río Urederra, en término de Erdoiza», a don Sancho Ramírez de Baquedano, escudero, a cuenta de un tributo que debía pagar anualmente al Rey. Este Sancho fue uno de tantos personajes del linaje de los Baquedano.

Un hito relevante en la historia de nuestros molinos lo marca la donación que el Rey Carlos II de Navarra hizo a los labradores de Améscoa en el año 1396 «de los molinos de Inçura». En dicho año Pedro de Nabasqués, recibidor de la Merindad de Estella, recibió una carta del Rey Carlos que decía: «Nos avemos contratado e acordado con los labradores de nuestro valle de Améscoa, que con instancia e dobladas veces nos an suplicado e requerido que nos, de nuestra gracia e autoridad real, les diesemos e quisimos dar de tributo perpetuo nuestros molinos sitios en el rio Urederra, llamados de Inçura, con la heredad del bardo» ... por tanto ... «los dichos labradores que son en la valle de presente por sí e por los descendientes subcesores, tomen e reciban los dichos nuestros molinos et heredades por precio e quantia de veinte Kahices de trigo en cada un año a perpetuo, al día de San Miguel, pagaderas a nos e empues de nos a nuestros subcesores, traído en nuestra villa de Estella a nuestros algorios»<sup>12</sup>. Data 14 de julio del año 1396. En el ocaso del siglo XIV la casi totalidad de los habitantes de Améscoa eran labradores; concretamente, en el año 1379 sólo había en lo que

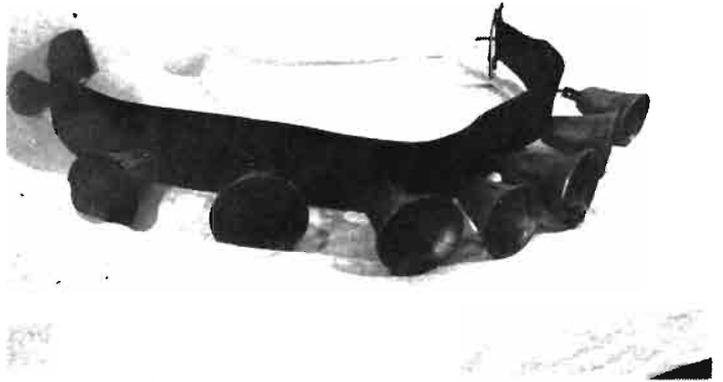
10 A. G. N. Registro de Comptos de Navarra. Año 1280. Véase *El Registro de Comptos de Navarra de 1280*, de Javier ZABALO ZABALEGUI, p. 155.

11 A. G. N. Microfil del Conto de 1294. Reg. Comptos 12. Fol. 85 (El original en París. Fondo Nouvelles Acquisitions Latines núm. 81).

12 Carta de tributo ... del año 1396, inserta en el "Proceso de Hombres Buenos de Améscoa la Baxa. A. G. N. Año 1651. Fxno 1. Escribano Huarte. Sala 1.ª. Est. 2.ª. Drcha.



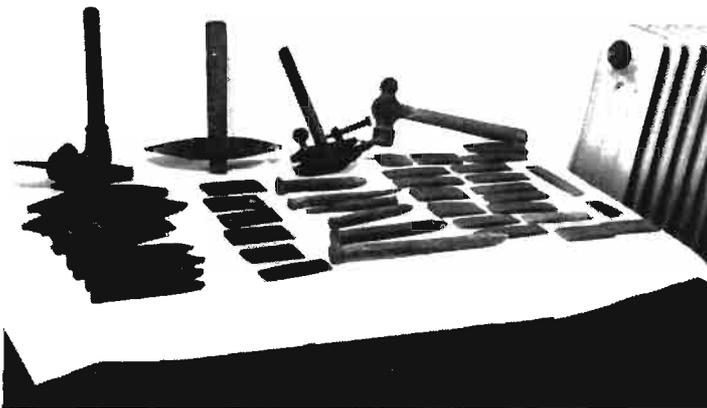
El último molinero de Eulate y su señora.



Collar de campanillas.

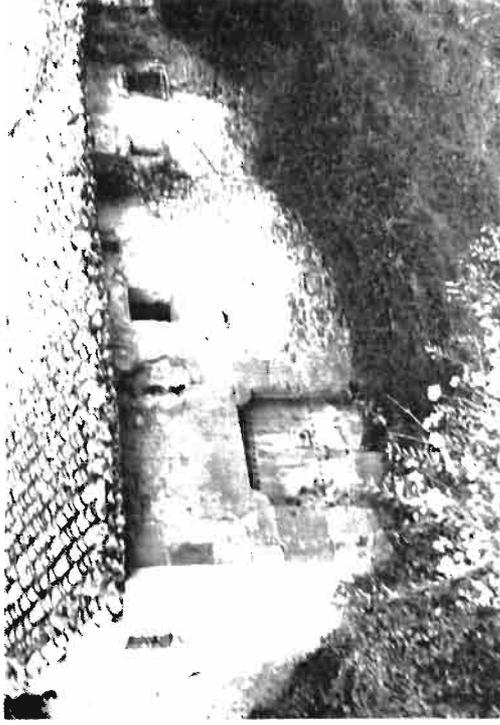
Juan Francisco en actitud de picar la piedra.

Herramientas de picar las piedras de moler.





Estudio etnográfico de Amescoa



Zudaire. Molino de abajo.



Zudaire. Molino de arriba.



## ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

hoy es Améscoa-Baja, cinco hidalgos, que en realidad eran labradores como los demás, pero a quienes el Rey había hecho exentos de pechas. Puede decirse, por tanto, que el molino vino a ser propiedad de todos los vecinos del valle; sin embargo quedó para siempre marcado con la impronta de «condición de labradores». Es necesario tener esto en cuenta para entender lo que después pasó. Porque al crecer el número de hidalgos hasta equipararse en cantidad al de labradores y adquirir aquéllos una marcada preponderancia sobre éstos, debido a la rabiosa mentalidad clasista de la época, sucedió que, avanzando el siglo XVI, don Sebastián de Baquedano, señor del Palacio de Gollano, construyó en el Urederra un molino, para que llevaran a él sus «ceveras» los Hijosdalgo del valle. Así nos encontramos en Améscoa, desde esta fecha, con dos molinos: el de siempre, de condición de labradores, y el de don Sebastián de Baquedano al que deben acudir con sus moliendas, por presión social, todos los hidalgos de Améscoa-Baja. Y no sólo esto; el molino se convirtió desde estas Kalendas, en signo e índice de condición social de sus usuarios.

Este estado de cosas duró hasta el año 1734. En este año de gracia se dio un paso decisivo hacia la desaparición de clases sociales en la comunidad amescoana, y ello se debió, yo creo, a la lucha tenaz del estamento de Labradores por defender la dignidad de su condición de hombres libres y a que el espíritu unitario e igualatorio en que vivió nuestra vieja comunidad no dejó de latir en el subconsciente de todo amescoano, a pesar de la larga oleada de clasismo que invadió el valle.

La diferencia más sustancial entre las dos clases de hidalgos y labradores consistió en el pago de la pecha al señor del Palacio de San Martín, carga de la que estaban exentos los hijosdalgo. Esta pecha, en su origen, no fue otra cosa que la contribución que los labradores pagaban al Rey por sus tierras de labor, ya que, según el contexto de la Monarquía Medieval, la propiedad de la tierra estaba vinculada a la Corona. En el siglo XV los reyes donaron el importe de la pecha a personajes del Linaje de los Baquedano a fin de pagar servicios prestados y comprar su fidelidad. Estas donaciones fueron sucesivamente confirmadas y al fin quedaron vinculadas a una *con el tributo del molino*, al Mayorazgo del Palacio de San Martín, cuyos señores la consideraron, durante siglos, como un derecho prescripto y propio.

Los amescoanos, también los hidalgos, consideraban esta pecha «como de mala calidad» y los Labradores decidieron extinguir a perpetuo tan pesada y molesta carga, a cuyo fin ajustaron con el señor del Palacio, que a la sazón era don Juan Francisco Ramírez de Baquedano, Marqués de Andía, de la Ribera y Monterreal, entregar «por una vez y no más» la cantidad de 10.000 ducados a cuenta de la pecha de las tierras y del *tributo del molino*. Los Hijosdalgo fueron comprensivos con la problemática de los Labradores y

## LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

ambos estados se pusieron de acuerdo en «cargar a censo los 10.000 ducados, quedando sujetas y obligadas las rentas del molino y las piezas del Bardo y que la redención del censo había de hacerse con las rentas de los montes comunales del valle, sus yerbas, sus aguas, sisa, arriendo del molino y de las piezas del Bardo»<sup>13</sup>.

Ya tenemos, pues, a los dos molinos de Zudaire «municipalizados», es decir, propiedad común de todos los vecinos de Améscoa Baja, cuyos Regidores los arriendan en beneficio del valle. Pero no pararon aquí los avatares de nuestros molinos; porque a mediados del siglo pasado la Desamortización de Mendizábal hizo presa en ellos y fueron puestos en subasta pública al amparo de la Ley de 1 de mayo de 1855. Tras varias subastas, que quedaron desiertas por falta de comprador, en 1868 fueron adquiridas en el «remate» por un grupo de 17 labradores del valle.

La vida de esta agrupación de los 17 vecinos, como explotadora de los molinos comunitariamente, fue muy breve; entre los años 1884-87, Tomás Pérez de Eulate fue comprando a los 17 porcionistas sus partes, a cada uno la suya, haciéndose dueño y propietario de los dos molinos.

### MOLINOS DE MANO

Don Emilio Redondo guarda en su casa de Zudaire sendas piedras de dos molinos de mano. Una de ellas la recogió en una casa de Artaza (Foto número 8) y la otra en Gollano (Foto núm. 9).

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

San Martín de Améscoa, 25 de abril de 1978.

<sup>13</sup> "Acuerdo entre Hijosdalgo y Labradores" ... Año 1734. Archivo del Ayuntamiento de Améscoa Baja (Zudaire) Legajo E ... 5. Núm. 17.